



redined

red de bases de datos
de información educativa

<http://www.redined.mec.es/>

TEXTO BILINGÜE

1ª parte: Versión en lengua española 

TEXT BILINGÜE

 **2a part: Versió en llengua catalana**



Foro José M. Cagigal

Entre el ser y el deber ser de la autoridad en el deporte

Farid Salgado

*Licenciado en Educación Física,
Posgraduado en Pedagogía y Didáctica de la Educación Física (Santa Fe de Bogotá)*

La orientación del proceder social en el interior de una comunidad configurada desde el estado social de derecho, dispone, entre otras, unas formas particulares de relación con referencia al tema de la autoridad, ya sea a partir del acto de obediencia o cuando se asume el poder de mando.

Aparece entonces la racionalidad como un elemento significativo en la figuración de las formas de relación en todo tipo de instituciones sociales, constituyéndose esa penetración en una característica fundamental del momento en el proceso civilizador liderado desde el estado de derecho.

El deporte, como consecuencia de dicho proceso y a su vez como potencializador de procesos sociales, tendría que dirigir sus aportes a la vida en comunidad, en el horizonte que prefigura el estado de derecho. Es por ello que sus formas características de relación (desde las relaciones de dominación planteadas en las relaciones arbitro-jugador-entrenador, hasta los modos de interactuar que se derivan de los elementos técnico-tácticos), deben estimular el proceder social consentido, a través de la participación, la exposición de argumentos, motivos o razones, sustentados en la racionalidad

surgida desde los acuerdos pactados previamente –reglamentos– antes que predisponer a la acción irracional y sumisa, que se deriva de todos aquellos espacios que niegan el derecho a la replica y apelación, con toma de decisiones unilaterales, caprichosas y carentes de toda sustentación racional.

Pocos son los hechos sociales que han gozado y aun gozan de un valor tan natural, indispensable, incuestionable e imperecedero como lo es la autoridad y más específicamente la autoridad en los espacios de la competencia deportiva. Su lenguaje verbal y gestual ha sido programado y valorado como un sistema lógico perfecto y superior, que no reconoce sus errores y además se niega y resiste a cualquier posibilidad de intervención externa, censurando las explicaciones, comprobaciones y cuestiones; configurando así, una estructura cerrada, mecánica y absolutamente convencida de su verdad.

Desde hace ya 5 años este ha sido el tema que ha concentrado mi interés en el ámbito de mi práctica profesional y de los espacios académicos que comparto, y debo recono-

cer, que aunque mucho ha sido el camino recorrido, las incertidumbres, interrogantes y contradicciones se renuevan a un ritmo casi inmanejable. Igualmente, cabe advertir, que como diletante de la academia es posible que esté siendo complaciente con mi incapacidad de reconocer si los motivos que me han llevado a un planteamiento así, provienen de unas insignificantes consideraciones personales o si son realmente el producto de un verdadero análisis de los hechos. De ello sólo daré cuenta en algunos años, si el curso de mi ejercicio investigador me lo permite.

El propósito de este escrito, uno más, es plasmar y reorganizar los nuevos referentes de análisis y las nuevas dudas que alimentan la discusión planteada en términos de la desfavorabilidad que representa al interior de un estado social de derecho una estructura de autoridad como la evidenciada en las prácticas de la competencia deportiva, que más que ser una administración de justicia basada en la exposición de motivos y argumentos a través del diálogo entre los jueces, los deportistas y los entrenadores, fortaleciendo la autonomía, la participación en la toma de decisiones y la capacidad de análisis crítico en torno a la justicia—habilidades indispensables en individuos que participan de tal modelo de organización social—configura a los individuos en el sometimiento irreflexivo, en la obediencia incondicional y en la preponderancia de la autoridad como valor supremo, a través de un ejercicio mecánico de toma de decisiones unilaterales, inapelables, carentes de argumentación y consenso y ajenas a contenidos de justicia y verdad.

Esta ambivalencia que se presenta en los espacios que la institución deportiva ha dispuesto a la figura de autoridad, y que ha sido planteada en términos del “ser” y “deber ser”, es el reflejo de la ambivalencia que la propia institución deportiva padece, ya que potencialmente, como lo dice Adorno, el deporte podría producir un efecto desbarbarizante, intencionando sus estructuras en la dirección del juego limpio, el respeto por el más débil, la caballerosidad, la cordura y la estimulación de la virtud; pero sus formas y procedimientos igualmente pue-

den fomentar la agresividad, reproducir la dominación del más débil, posibilitar la irracionalidad y estimular el viejo y rancio carácter autoritario. Nada más adverso a la condición humana y a la convivencia entre los hombres, que la sumisión a individuos, instancias e instituciones que sobreponen su deseo y voluntad a la racionalidad surgida desde los acuerdos que convocan la voluntad general, es decir, al factor común de los intereses evidenciados en los individuos que participan de una composición social. La tradición, para nuestro caso y contexto, ha sido cómplice de la extradición del carácter idóneo que toda figura de autoridad debe poseer; y esto desborda el ámbito de la competencia deportiva; poco importa al parecer, si tal figura posee un poder real o imaginario, si es evidente el manejo de las habilidades y los saberes que le facultan para asumir su rol; tan solo basta configurar en los individuos el respeto pasivo y ciego a dicha figura por encima de cualquier otra razón. Aunque se reconoce que en los modelos de relación e interdependencia que caracterizan el momento de nuestro proceso civilizador, la institución educativa y familiar ha dado importantes evidencias de logro en el fortalecimiento de las figuras de autoridad desde la perspectiva carismática, claro está, que se debe tener cautela con las generalizaciones y atender a los procesos de distinción que se producen especialmente entre composiciones sociales de tipo laico, religioso o militar y entre las clases sociales, de los que derivan diferentes modos de relación.

El primer llamado a la reconsideración de lo planteado en escritos anteriores sobre el tema, lo ha hecho Norbert Elías en su análisis referido al proceso de monopolización de la violencia. Desde este referente surgieron algunas dudas en el marco de la favorabilidad o desfavorabilidad de la figura de autoridad en las competencias deportivas; pues había dejado planteado entre líneas, un posible devenir de la estructura de la autoridad de la competencia deportiva hacia las formas de autoridad propias de los juegos, inclinándome más hacia relaciones autárquicas como forma de organización social. Pero serías dudas se han generado al

respecto a partir de los interrogantes que, tanto Elías como Arendt y Durkheim, expresan sobre la naturaleza de la condición humana en espacios carentes de regulaciones legitimadas y más aun, cuando las relaciones de interdependencia aumentan en su complejidad, magnitud y fuerza.

Cuando no hay evidencia de una autoridad exterior, los individuos tienden a formalizar monopolios en la toma de decisiones apoyados en la fuerza física, lo que desplaza, margina o somete a todo aquel que disiente de las posiciones e intereses del monopolista, reduciendo significativamente los espacios de acción y creación de los demás participantes. Como consecuencia, por encima de las regulaciones propias del juego, se construyen en los individuos otras coacciones fundamentadas en el miedo a la agresión física, que terminan por reducir los espacios de libertad que generan las normas del juego y hasta desfigurando sus propias normas, dando bases a modelos despoticos de interacción. Es un riesgo propio de los juegos y las actividades características del tiempo libre que bajo la dinámica deportiva se realizan sin la presencia de una autoridad.

Sin embargo, las autocoacciones que se han interiorizado en los individuos y que regulan la expresión de la fuerza física en la solución de conflictos en otros espacios ajenos al deportivo, se hacen presentes también en estos últimos y dejan alguna posibilidad a la racionalidad como mecanismo de solución de los conflictos surgidos desde la dinámica de los juegos y los deportes, pero el riesgo de que afloren mecanismos violentos es mayor en ausencia de la figura de autoridad. Ese riesgo y rango de posibilidades no es el mismo en el parque del barrio Olaya, al sur de la ciudad de Santa Fe de Bogotá, que en el parque de la 150 con avenida 19. Las regulaciones que al manejo de la fuerza física imponen sobre sus individuos los enclasmientos sociales son significativamente diferenciados, lo que igualmente se ve reflejado en sus preferencias en el momento de elegir sus actividades de tiempo libre y la manera de asumirlas. El rango de tiempo que se requiere para que aflore la agresión física, neutralizando los

procesos de argumentación, es significativamente inferior en las clases sociales con un reducido capital cultural, de ahí que la palabra como mediadora en los conflictos, propios de los juegos que se realizan en ausencia de una figura de autoridad, sólo encuentra un rango mayor de intervención a cambio de la agresión física, en comunidades, grupos o clases sociales enriquecidas culturalmente.

Es evidente que la imagen de autoridad en el campo deportivo debe catalizar todos los posibles usos de la fuerza física en la solución de conflictos, inspirando una sensación de igualdad frente a la norma en todos los participantes y la estabilidad que los humanos necesitan. Ello sin duda aumenta —porque autoridad, *auctoritas*, proviene del verbo *augere*, “aumentar”— y asegura las libertades y posibilidades de creación de los jugadores, a pesar de las diferencias antropométricas y de capacidades, posibilita los procesos de distinción y abre un espacio a la argumentación. Esta es la razón de ser, en lo esencial, de la presencia de la autoridad en los campos deportivos en el momento de la competición, en el horizonte que el proceso de la civilización le ha configurado al estado social de derecho.

Pero, ¿Cuáles son las disposiciones esenciales inherentes a la imagen de la autoridad en la competición deportiva, bajo el marco del modelo constitucional vigente?. Alrededor de este interrogante han girado las reflexiones anteriores, más inclinadas en la línea del “deber ser” que de lo que “es” o “ha sido”. El énfasis en este momento es de construir la noción de autoridad en la competición deportiva asimilada a los modos de autoridad que rigen el ámbito de las relaciones familiares y escolares, en donde las manifestaciones autoritarias, protegidas por la tradición y justificadas en el amor y en el “por tu propio bien”, dan origen a unas formas relaciones que no se adecuan al proyecto de convivencia social expresado en el estado social de derecho, ni posibilitan su proceso de construcción. La convergencia en un solo individuo del poder legislativo, ejecutivo y judicial, convoca a la formación de estructuras de gobierno tiránicas y despóticas más que democráticas, y en el cam-

po de lo deportivo, la tendencia es a asimilar la figura del juez con un carácter omnipotente, que legisla a través de los criterios de ventaja y desventaja, que asume los derechos del ejecutivo en la toma de decisiones y que juzga unilateralmente sin establecer mecanismos de réplica. Esta concentración de poderes ha reinado en instituciones como la familia y la escuela, sin olvidar que incluso ellas se han visto tocadas por una legislación de derechos que intentan diluir ese monopolio, por ejemplo: los derechos del niño y de la mujer, los gobiernos estudiantiles, los comités académicos. Estos modelos sociales de derecho han desvirtuado las metáforas y modos antiguamente aceptados de las relaciones autoritarias, y la institución deportiva, como institución social al amparo de una constitucionalidad, no tendría porque presentar un comportamiento anacrónico al respecto.

Como el monopolio de la violencia supone el surgimiento de una figura de autoridad, que ofrezca espacios al desempeño de la racionalidad, y toda autoridad implica un orden y su vez toda orden implica un acto de obediencia, se debe ser muy cauteloso para que dichos actos de obediencia sean consentidos (con-sentidos) y no caigan en el plano de lo irracional e irreflexivo, o en otras palabras, que el modo de evidenciarse la autoridad no niegue su esencialidad —la racionalidad—. Entrar en razones, es la alternativa que el proceso civilizador ha planteado en la figura del estado de derecho, ante las formas despóticas y tiránicas que habitualmente dominaban las formas de inter-relación. Esto es fundamental, quizá lo más significativo que ha resultado después de estos años de reflexión para definir las disposiciones a las que un individuo se debe dar en el momento de asumir el rol de juez en los eventos de la competencia deportiva. Si la autoridad niega la réplica, el consenso, la exposición de argumentos, esta negándose a sí misma en el espacio que le convoca el estado de derecho, y no por el hecho de dar espacio a ello debe ser circunscrita en el campo de la persuasión, que es propia del trato entre iguales, como los enamorados; la figura de autoridad mantiene su ascendiente sobre los demás

en la medida en que sus decisiones se mantengan en el marco de legitimidad que le da el reglamento, y los procesos de argumentación y participación de las partes en la solución de los conflictos surgidos de la apreciación y aplicación de la normatividad, tienen validez como instrumento que evidencian su esencialidad.

Al igual que la moral laica de Durkheim, los deportes poseen unas reglas pre-establecidas que exigen una configuración *a priori* de los individuos que van a participar en dichos eventos. Este hecho delinea disposiciones muy específicas a cada uno de los participantes, y en lo que respecta a la figura de autoridad, la fuente de la autoridad que se le confiere al individuo es ajena a él, es exterior a él, esta autoridad proviene del marco que regula las acciones del juego, el reglamento. La disposición a obedecer las decisiones que provienen de la figura de autoridad debe estar guiada y configurada por ese marco común pre-figurado, y para ello se debería acceder a los medios necesarios —en el ámbito de la racionalidad—, que posibiliten el acto consentido de la obediencia, ello es, acatar a las decisiones provenientes de la figura de autoridad que se complementan con el valor de la verdad y la justicia; aquí no hay espacio para el propio interés o el imperio de la voluntad particular, todas las decisiones y acciones se circunscriben a las leyes pre-establecidas del deporte y los individuos que a ellas se someten —sin importar si es entrenador, jugador o juez— están en igualdad de derechos y deberes frente a las mismas. Los árbitros tienen el derecho a que se les respeten sus decisiones, pero tienen el deber de someterlas al marco de legitimidad que les confiere el reglamento, si ello no se diera, por la complejidad y múltiples variables que caracterizan su rol en el deporte, los afectados están en el derecho de ser escuchados y apelar ante el acto ilegítimo, con la consecuente corrección de la decisión, si es del caso. El debate sobre las verdades que conciernen a los que están involucrados debe ser armonizado e iluminado por la figura de autoridad.

La negación o censura de la acción de réplica, la ausencia de cualquier mecanismo de

verificación, la pérdida de valor del argumento, reducido a un estado de inexistencia, es característico de espacios con relaciones de dependencia absolutamente tiránicas que enajenan a los individuos. Sin importar la institución social en que se evidencie, llámese familia, escuela, estado o deporte, todo acto sancionador contra la verificación, la réplica, la explicación o el argumento, debe hacernos dudar del valor que posee aquello que busca ser protegido a través de la sanción, que para nuestro caso es el respeto, prestigio y poder la figura de autoridad. No son apropiados, ni ajustados a un estado de derecho, aquellos espacios en donde no está permitido conocer la opinión argumentada, desde la legitimidad que los convoca, toda vez que se trata de decisiones que afectan y configuran en su momento la vida de los participantes. En el deporte, a la autoridad le ha estado permitido mentir, en la medida en que las decisiones no se circunscriben al marco reglamentario, con una falta de consecuencias notoria que sólo encuentra fundamentos en la inmediatez y supuesta irrelevancia de sus actos de cara a otros ámbitos.

El planteamiento Durkheimiano que implica la obediencia a la figura de la autoridad por el solo hecho de ser autoridad, es ajeno a las condiciones propias de la dinámica de los deportes si se le pretende como institución formadora en el marco de nuestra constitucionalidad, edificada en el estado social de derecho. Asumir el rol de la autoridad como acto de fe, la conlleva a cometer injusticias con buena conciencia, creyendo que tiene la razón. La idoneidad tendría que ser el carácter supremo de dicha figura, que predispone por demás al acto de obediencia; dicha idoneidad esta definida por el dominio de las habilidades perceptivas y de pensamiento necesarias para emitir juicios que regularicen las interacciones de los jugadores. Sus decisiones no son la ver-

dad *a priori*, son una opinión potencial que se postula a ser asimilada como si fuera una verdad, pero son los implicados y afectados, desde el conocimiento de las leyes y el juicio que desde ellas se imponen sobre sus actos, los que confirman la verdad de dicha opinión y acceden al acto consentido de obediencia. "Nuestra razón no debe aceptar como verdadero más que lo que ella ha reconocido espontáneamente como tal". El peligro y la emergencia temporal no son estados propios y definitorios del deporte, como sí lo son en los estados de guerra; por lo tanto, las decisiones provenientes de la figura de autoridad en el deporte gozan de un mayor lapso de tiempo para la comprobación y aceptación. La inmediatez del acto de obediencia está implícita en la formulación de la orden y más aun en los estados de guerra; muchos promueven esta misma dinámica en los eventos de la competencia deportiva a pesar de lo ilegítima que resulte la orden, negando la argumentación y participación de las partes en la solución de los conflictos, declarando una supuesta pérdida de tiempo y alteración del espectáculo. Además, hay quienes tienden a asimilar los estados de guerra con los estados propios de la competencia deportiva, transfiriendo a estos últimos las formas de relación, las valoraciones, la noción de adversario, la filosofía y el afán y precipitación que caracterizan los estados de guerra. Es una asimilación ligera y peligrosa, que a largo plazo puede configurar en los jugadores personalidades amañadas en el conflicto y la dominación. Igualmente, el tiempo invertido en el esclarecimiento de los conflictos, puede pensarse como un indicador objetivo del papel que cumple el deporte como medio de formación desde las responsabilidades que le delega nuestra carta constitucional; la configuración del valor de lo justo y lo legítimo no tendría porque ser sacrificado en nombre de la precipitación y el espectáculo.

Es una invitación a bajar las armas doctrinales que por años han encerrado y justificado el dogma vigente de la autoridad en el deporte, para abrimos espacios en donde ésta pueda ser reconsiderada desde los contextos en los que interviene. Morin plantea que, por las incertidumbres que nos depara este mundo en su devenir, se hace necesario pensar que la sociedad humana debe transformarse, que las formas de interrelación al igual que las relaciones de interdependencia deben ser fundamentalmente diferentes a las vigentes, si se pretende mantener la existencia del hombre en el largo plazo. La construcción de un futuro viable es responsabilidad de todos y por lo tanto, nuestras prácticas de vida deben rediseñarse a la luz de la democracia, la equidad y la justicia social; más que asumir una posición sumisa ante el mundo que nos ha tocado vivir, podríamos contribuir desde nuestro ser y hacer a su transformación. Ahora sólo resta demostrar empíricamente lo que es y ha sido ese proceso de configuración de los hombres que participan de los espacios de la competencia deportiva, desde las relaciones de poder que se establecen a partir de la figura de autoridad. Dos ideas de Alas podrían iluminar el camino de la demostración empírica: el primer camino se trazaría a partir de la relación estructura-función, evidenciando a partir de dicha relación el significado y valor de la autoridad en el deporte; y el segundo camino se trazaría a partir del "orden de secuencia", es decir, el establecimiento de la secuencia que se ha dado históricamente en la configuración del modelo de autoridad vigente en las competencias deportivas, lo que nos permitiría construir un juicio de valor a la luz del estado social de derecho, y por último, evidenciar los esfuerzos que se han trazado por imprimir en los individuos el respeto incondicional, ese valor superior, a las figuras de autoridad en la competencia deportiva.



Fòrum José M. Cagigal

Entre el ser i l'haver de ser de l'autoritat en l'esport

Farid Salgado

Llicenciat en Educació Física,
Postgraduat en Pedagogia i Didàctica de l'Ed. Física (Santa Fe de Bogotà)

L'orientació de la forma d'actuar social a l'interior d'una comunitat configurada des de l'estat social de dret, disposa, entre d'altres, d'unes formes particulars de relació amb referència al tema de l'autoritat, ja sigui a partir de l'acte d'obediència o ja sigui quan s'assumeix el poder de comandament.

Apareix aleshores la racionalitat com un element significatiu en la figuració de les formes de relació en tota mena d'institucions socials; aquesta compenetració constitueix una característica fonamental del moment en el procés civilitzador liderat des de l'estat de dret.

L'esport, com a conseqüència del procés esmentat i alhora com a potenciador de processos socials, hauria d'adreçar les seves aportacions a la vida en comunitat, en l'horitzó que prefigura l'estat de dret. Per això, les seves formes característiques de relació (des de les relacions de dominació plantejades en les relacions àrbitre-jugador-entrenador, fins a les formes d'interactuar que es deriven dels elements tècnico-tàctics), han d'estimular l'actuació social consentida, mitjançant la participació, l'exposició d'arguments, motius o raons, sos-

tinguts en la racionalitat sorgida des dels acords pactats prèviament —reglaments— i no pas predisposar a l'acció irracional i submissa, que es deriva de tots els espais que neguen el dret a la rèplica i l'apel·lació, amb presa de decisions unilaterals, capricioses i mancades de tot suport racional.

Pocs són els fets socials que han gaudit i encara gaudeixen d'un valor tan natural, indispensable, inqüestionable i imperible com ho és l'autoritat i més específicament l'autoritat en els espais de la competència esportiva. El seu llenguatge verbal i gestual ha estat programat i valorat com un sistema lògic perfecte i superior, que no reconeix els seus errors i a més a més es nega i es resisteix a qualsevol possibilitat d'intervenció externa, tot censurant les explicacions, comprovacions i qüestions; d'aquesta manera configura una estructura closa, mecànica i absolutament convençuda de la seva veritat.

Des de fa ja 5 anys, aquest ha estat el tema que ha concentrat el meu interès en l'àmbit de la meva pràctica professional i dels espais acadèmics que comparteixo, i he de reconèixer que, encara que ja hagi recorregut molt de camí, les incerteses, els interro-

gants i les contradiccions es renoven a un ritme gairebé ingovernable. Igualment, cal advertir que, com a diletant de l'acadèmia, és possible que estigui sent autocomplaent amb la meua incapacitat de reconèixer si els motius que m'han dut a un plantejament així, provenen d'unes insignificants consideracions personals o si són realment el producte d'una veritable anàlisi dels fets. Només informaré d'això d'aquí a uns anys, si el curs del meu exercici investigador m'ho permet.

El propòsit d'aquest escrit, a més a més, és plasmar i reorganitzar els nous referents d'anàlisi i els nous dubtes que alimenten la discussió plantejada en termes de com és de desfavorable, a l'interior d'un estat social de dret, una estructura d'autoritat com la que es fa palesa en les pràctiques de la competència esportiva que, més que ser una administració de justícia basada en l'exposició de motius i en arguments a través del diàleg entre els jutges, els esportistes i els entrenadors, que enforteixi l'autonomia, la participació en la presa de decisions i la capacitat d'anàlisi crítica al voltant de la justícia—habilitats indispensables en individus que participin d'aquest model d'organització social—conduïx els individus a la submissió irreflexiva, a l'obediència incondicional i a la preponderància de l'autoritat com a valor suprem, a través d'un exercici mecànic de presa de decisions unilaterals, inapel·lables, mancades d'argumentació i consens, i alienes a continguts de justícia i veritat.

Aquesta ambivalència que es presenta en els espais que la institució esportiva ha dispostat per a la figura d'autoritat, i que ha estat plantejada en termes del "ser" i "l'haver de ser", és el reflex de l'ambivalència que la pròpia institució esportiva pateix, ja que potencialment, com ho diu Adorno, l'esport podria produir un efecte "desbarbaritzant", inclinant les seves estructures envers el joc net, el respecte pel més feble, la cavallerositat, el seny i l'estimulació de la virtut; però les seves formes i procediments poden, de la mateixa manera, fomentar l'agressivitat, reproduir la dominació del més feble, possibilitar la irracionalitat i estimular el vell i ranci caràcter autoritari.

Res de més oposat a la condició humana i a la convivència entre els homes, que la submissió a individus, instàncies i institucions que sobreposen el seu desig i voluntat a la racionalitat sorgida des dels acords que apleguen la voluntat general, és a dir, al factor comú dels interessos evidenciats en els individus que participen d'una composició social. La tradició, per al nostre cas i en el nostre context, ha estat còmplice de l'extradició del caràcter idoni que tota figura d'autoritat ha de posseir; i això desborda l'àmbit de la competència esportiva; tant se val si aquesta figura té un poder real o imaginari, si és evident l'ús de les habilitats i els sabers que el faculden per assumir el seu rol; n'hi ha prou d'imbuir en els individus el respecte passiu i cec per aquesta figura per damunt de qualsevol altra raó. Encara que es reconeix que en els models de relació i interdependència que caracteritzen el moment del nostre procés civilitzador, la institució educativa i familiar ha donat importants evidències de guany en l'enfortiment de les figures d'autoritat des de la perspectiva carismàtica—és prou clar que s'ha de tenir cautela amb les generalitzacions i tenir en compte els processos de distinció que es produeixen especialment entre composicions socials de tipus laic, religiós o militar i entre les classes socials, perquè de tots aquests processos deriven diferents formes de relació.

La primera crida a la reconsideració d'allò que hem plantejat en escrits anteriors sobre el tema, l'ha feta Norbert Elias en la seva anàlisi referida al procés de monopolització de la violència. Des d'aquest referent van sorgir alguns dubtes en el marc de la consideració de favorable o de desfavorable de la figura d'autoritat en les competències esportives; ja que havia deixat plantejat entre línies, un possible esdevenir de l'estructura de l'autoritat de la competència esportiva envers les formes d'autoritat pròpies dels jocs, tot inclinant-me més cap a relacions autàrquiques com a forma d'organització social. Però s'han generat dubtes seriosos respecte d'aquest tema a partir dels interrogants que, tant Elias com Arendt i Durkheim, expressen sobre la naturalesa de la condició humana en espais mancats de re-

gulacions legítimes i, encara més, quan les relacions d'interdependència augmenten en complexitat, magnitud i força.

Quan no hi ha evidència d'una autoritat exterior, els individus tendeixen a formalitzar monopolis en la presa de decisions recolzats en la força física, cosa que desplaça, margina o sotmet a tot aquell que dissenteix de les posicions i interessos del monopolista i redueix significativament els espais d'acció i creació dels altres participants. Com a conseqüència, per damunt de les regulacions pròpies del joc, es construeixen en els individus d'altres coaccions fonamentades en la por a l'agressió física, que acaben reduint els espais de llibertat que generen les normes del joc i fins i tot desfiguren les seves pròpies normes, i donen peu a models despòtics d'interacció. És un risc propi dels jocs i de les activitats característiques del temps lliure que sota la dinàmica esportiva es realitzen sense la presència d'una autoritat.

Tanmateix, les autoaccions que s'han interioritzat en els individus i que regulen l'expressió de la força física en la solució de conflictes en altres espais aliens a l'esportiu, es fan presents també en aquests últims i deixen alguna possibilitat a la racionalitat com a mecanisme de solució dels conflictes sorgits des de la dinàmica dels jocs i els esports, però el risc que aflorin mecanismes violents és més gran en absència de la figura d'autoritat. Aquest risc i rang de possibilitats no és el mateix al parc del barri Olaya, al sud de la ciutat de Santa Fe de Bogotà, que al parc de la 150 amb avinguda 19. Les regulacions que els enquadraments en classes socials imposen sobre els seus individus, pel que fa a l'ús de la força física són significativament diferenciades cosa que igualment es veu reflectida en les seves preferències en el moment de triar les seves activitats de temps lliure i en la manera d'assumir-les. El lapse de temps que cal perquè aflori l'agressió física i neutralitzi els processos d'argumentació, és significativament inferior en les classes socials amb un reduït capital cultural, d'aquí ve que la paraula, com a mitjà en els conflictes propis dels jocs que es realitzen en absència d'una figura d'autoritat, només troba un rang més gran

d'intervenció a canvi de l'agressió física, en comunitats, grups o classes socials enriquides culturalment.

És evident que la imatge d'autoritat en el camp esportiu ha de catalitzar tots els possibles usos de la força física en la solució de conflictes, inspirar una sensació d'igualtat davant la norma en tots els participants i donar l'estabilitat que els humans necessiten. Això sens dubte augmenta –perquè autoritat, *auctoritas*, prové del verb *augere*, "augmentar"– i assegura les llibertats i possibilitats de creació dels jugadors, malgrat les diferències antropomètriques i de capacitats, possibilita els processos de distinció i obre un espai a l'argumentació. Aquesta és la raó de ser, essencialment, de la presència de l'autoritat als camps esportius en el moment de la competició, en l'horitzó que el procés de la civilització ha imbuït a l'estat social de dret.

Però, quines són les disposicions essencials inherents a la imatge de l'autoritat en la competició esportiva, sota el marc del model constitucional vigent? Les meves reflexions anteriors han girat al voltant d'aquest interrogant, més inclinades vers la línia de l'"haver de ser" que del que "és" o "ha estat". L'èmfasi en aquest moment és "deconstruir" la noció d'autoritat en la competició esportiva assimilada a les formes d'autoritat que regeixen l'àmbit de les relacions familiars i escolars, on les manifestacions autoritàries, protegides per la tradició i justificades en l'amor i en el "pel teu propi bé", donen origen a unes formes de relacions que no s'adiuen amb el projecte de convivència social expressat en l'estat social de dret, ni possibiliten el seu procés de construcció. La convergència en un sol individu del poder legislatiu, executiu i judicial, convoca a la formació d'estructures de govern tiràniques i despòtiques més que democràtiques, i en el camp esportiu, la tendència és assimilar la figura del jutge amb un caràcter omnipotent, que legisla a través dels criteris d'avantatge i desavantatge, que assumeix els drets de l'executiu en la presa de decisions i que jutja unilateralment sense establir mecanismes de rèplica. Aquesta concentració de poders ha regnat en institucions com la família i l'escola, sense obli-

dar que també aquestes s'han vist tocades per una legislació de drets que intenten diluir aquest monopoli –per exemple: els drets del nen i de la dona, els governs d'estudiants, els comitès acadèmics. Aquests models socials de dret han desvirtuat les metàfores i les maneres antigament acceptades de les relacions autoritàries, i la institució esportiva, com a institució social a l'empara d'una constitucionalitat, no tindria per què presentar una conducta anacrònica en relació a aquest tema.

Com que el monopoli de la violència suposa el sorgiment d'una figura d'autoritat, que ofereixi espais a l'exercici de la racionalitat, i tota autoritat implica un ordre i, doncs, tota ordre implica un acte d'obediència, s'ha de ser molt cautelós perquè els actes d'obediència siguin consentits (con-sentits) i no caiguin en el pla de l'irracional i irreflexiu, o amb altres paraules, que la forma d'evidenciar-se l'autoritat no en negui l'essencialitat –la racionalitat–. Tenir raons, és l'alternativa que el procés civilitzador ha plantejat a la figura de l'estat de dret, davant les formes despòtiques i tiràniques que habitualment dominaven les formes d'interrelació. Això és fonamental, potser la cosa més significativa que ha resultat després d'aquests anys de reflexió per definir les disposicions a les quals s'ha de donar un individu en el moment d'assumir el rol de jutge dels esdeveniments de la competència esportiva. Si l'autoritat nega la rèplica, el consens, l'exposició d'arguments, s'està negant ella mateixa en l'espai al qual el convoca l'estat de dret, i no pel fet de donar-hi espai ha de restar circumscrita al camp de la persuasió, que és pròpia del tracte entre iguals, com en els enamorats; la figura d'autoritat manté el seu ascendent sobre els altres en la mesura en què les seves decisions es mantinguin en el marc de legitimitat que li dóna el reglament, i els processos d'argumentació i participació de les parts en la solució dels conflictes sorgits de l'apreciació i l'aplicació de les normes, tenen validesa com a instrument que evidencia la seva essencialitat.

De la mateixa manera que la moral laica de Durkheim, els esports posseeixen unes regles preestablertes que exigeixen una confi-

guració *a priori* dels individus que participaran en els esdeveniments esmentats. Aquest fet delinea disposicions molt específiques en cada un dels participants, i pel que fa a la figura d'autoritat, la font de l'autoritat que se li confereix a l'individu és aliena a ell, és exterior a ell, aquesta autoritat prové del marc que regula les accions del joc, del reglament. La disposició a obeir les decisions que provenen de la figura d'autoritat ha d'estar guiada i configurada per aquest marc comú prefigurada, i per fer-ho s'hauria d'accedir als mitjans necessaris –en l'àmbit de la racionalitat–, que possibilitin l'acte consentit de l'obediència, això és, acatar les decisions provinents de la figura d'autoritat que es complementin amb el valor de la veritat i la justícia; aquí no hi ha espai per al propi interès o l'imperi de la voluntat particular, totes les decisions i accions se circumscriuen a les lleis pre-establertes de l'esport i els individus que s'hi sotmeten –tant se val si són entrenadors, jugadors o jutges– estan en igualtat de drets i deures al davant de la llei. Els àrbitres tenen dret que es respectin les seves decisions, però tenen el deure de sotmetre-les al marc de legitimitat que els confereix el reglament, si aquesta circumstància no es produeix, a causa de la complexitat i de les múltiples variables que caracteritzen el rol de l'àrbitre en l'esport, els afectats tenen el dret de ser escoltats i d'apel·lar davant l'acte il·legítim, amb la conseqüent correcció de la decisió, si s'escau. El debat sobre les veritats que concerneixen els qui s'hi troben involucrats ha de ser harmonitzat i il·luminat per la figura d'autoritat.

La negació o la censura de l'acció de rèplica, l'absència de qualsevol mecanisme de verificació, la pèrdua de valor de l'argument, reduït a un estat d'inexistència, és característic d'espais amb relacions de dependència absolutament tirànics que alienen els individus. Sense importar la institució social en què s'evidenciï, tant és que s'anomeni família, escola, estat o esport, tot acte aplicador de sanció contra la verificació, la rèplica, l'explicació o l'argument, ha de fer-nos dubtar del valor que posseeix allò que cerca de ser protegit a través de la sanció, que en el nostre cas és el res-

pecte, prestigi i poder de la figura d'autoritat. No són apropiats, ni ajustats en un estat de dret, els espais on no és permès de conèixer l'opinió argumentada, des de la legitimitat que els convoca, per tal com es tracta de decisions que afecten i configuren en el seu moment la vida dels participants. En l'esport, a l'autoritat li ha estat permès de dir mentides, en la mesura en què les decisions no se circumscriuen al marc reglamentari, amb una manca de conseqüències notòria que solament troba fonament en la immediatesa i en la suposada irrellevància dels seus actes en relació amb altres àmbits.

El plantejament Durkheinià, que implica l'obediència a la figura de l'autoritat pel sol fet de ser autoritat, és aliè a les condicions pròpies de la dinàmica dels esports si hom pretén tenir-lo com a institució formadora en el marc de la nostra constitucionalitat, edificada en l'estat social de dret. Assumir el rol de l'autoritat com a acte de fe, la porta a cometre injustícies amb bona consciència, creient que té la raó. La idoneïtat hauria de ser el caràcter suprem de la figura esmentada, que per aquest motiu predisposa a l'acte d'obediència; la idoneïtat esmentada és definida pel domini de les habilitats perceptives i de pensament necessàries per emetre judicis que regularitzin les interaccions dels jugadors. Les seves decisions no són la veritat *a priori*, són una opinió potencial que intenta de ser assimilada com si fos una veritat, però són els implicats i afectats, des del coneixement de les lleis i el judici que a partir d'aquestes s'imposen sobre els seus actes, els que confirmen la veritat de l'opinió esmentada i accedeixen a l'acte consentit d'obediència. "La nostra raó només ha d'acceptar

com a veritable allò que ha reconegut espontàniament com a tal".

El perill i l'emergència temporal no són estats propis i definitoris de l'esport, en canvi sí que ho són en els estats de guerra; per tant, les decisions provinents de la figura d'autoritat en l'esport gaudeixen d'un lapse de temps superior per a la comprovació i l'acceptació. La immediatesa de l'acte d'obediència es troba implícita en la formulació de l'ordre i més encara en els estats de guerra; molts promouen aquesta mateixa dinàmica en els esdeveniments de la competència esportiva malgrat que l'ordre resulti prou il·legítim, tot negant l'argumentació i la participació de les parts en la solució dels conflictes, i declarant una suposada pèrdua de temps i una alteració de l'espectacle. A més a més, hi ha els qui tendeixen a assimilar els estats de guerra amb els estats propis de la competència esportiva, transferint a aquests últims les formes de relació, les valoracions, la noció d'adversari, la filosofia i l'afany i la precipitació que caracteritzen els estats de guerra. És una assimilació inconsistent i perillosa, que a llarg termini pot configurar en els jugadors personalitats afaïonades en el conflicte i la dominació. Igualment, el temps invertit en l'esclariment dels conflictes, pot considerar-se com a un indicador objectiu del paper que compleix l'esport com a mitjà de formació des de les responsabilitats que li delega la nostra carta constitucional; la configuració del valor d'allò que és just i legítim no tindria per què ser sacrificat en nom de la precipitació i de l'espectacle.

És una invitació a abaixar les armes doctrinals que durant anys han tancat i justificat el dogma vigent de l'autoritat en l'esport,

per obrir-nos espais on aquesta pugui ser reconsiderada des dels contextos en què intervé. Morin planteja que, a causa de les incerteses que ens ofereix aquest món en l'esdevenidor, cal pensar que la societat humana ha de transformar-se, que les formes d'interrelació, de la mateixa manera que les relacions d'interdependència, han de ser fonamentalment diferents a les vigents, si es pretén mantenir l'existència de l'home a llarg termini. La construcció d'un futur viable és responsabilitat de tothom i, doncs, les nostres pràctiques de vida han de tornar-se a dissenyar a la llum de la democràcia, l'equitat i la justícia social; més que assumir una posició submissa davant el món que ens ha tocat de viure, podríem contribuir des del nostre ser i fer a la seva transformació.

Ara només ens resta demostrar empíricament el que és i el que ha estat aquest procés de configuració dels homes que participen dels espais de la competència esportiva, des de les relacions de poder que s'estableixen a partir de la figura d'autoritat. Dues idees d'Elias podrien il·luminar el camí de la demostració empírica: el primer camí es traçaria des de la relació estructura-funció, i faria palès, des de la relació esmentada, el significat i el valor de l'autoritat en l'esport; i el segon camí es traçaria des de l'"ordre de seqüència", és a dir, l'establiment de la seqüència que s'ha donat històricament en la configuració del model d'autoritat vigent a les competències esportives, cosa que ens permetria construir un judici de valor a la llum de l'estat social de dret, i finalment, evidenciar els esforços que s'han fet per imprimir en els individus el respecte incondicional, aquest valor superior, a les figures d'autoritat en la competència esportiva.